



¿Qué (no) se cambia en un análisis?♦

(o El incurable del narcisismo)

Marcus André Vieira

Queridos Colegas y amigos, traigo noticias de tiempos difíciles, pero sobre todo quiero resaltar algunos de sus efectos en nuestro campo en Brasil. Sé que siguen el trabajo de nuestra escuela brasileña, pero mi presencia en vivo y no en línea también tiene el valor testimonial.

Vivimos la violencia de un gobierno que directa o indirectamente contribuyó a setecientos mil muertes. Contra el uso y la manipulación absoluta de la maquinaria estatal por parte del fascismo, la democracia ganó. Maravilloso alivio Lula. Perdimos, sin embargo, ilusiones sobre Brasil, de que él tendría mestizaje por un lado y un feliz poder de trabajo por el otro.

Desafortunadamente, más allá del eje pseudoprotestante, tal vez una especificidad brasileña en relación con Argentina, la extrema derecha contemporánea no es una corriente específica en Brasil.

Se reveló en muchos lugares como una consecuencia reaccionaria del choque sufrido por los valores tradicionales, de la parte de la ciencia y, por un lado, y del ilimitado del mercado por otro. En este nuevo orden simbólico, como ya dijo Miller en el IX Congreso, los que están fuera del mercado no existen y pueden, por tanto, dejarse morir. En el caso de Brasil, los que están fuera del mercado son negros, en otros lugares son de otro modo invisibles, pero a todos se les aplica un “dejar morir” muy especial, llamado por Mbembe necropolítica y que se evidenció en Brasil durante la pandemia.

La lucha por los valores humanitarios más básicos se mantiene en la izquierda, pero sin proyecto, mientras los liberales, en la derecha, ven sus valores humanitarios erosionados por un capitalismo ilimitado. La exclusión de lo invisible conduce a más pobreza y segregación y, por lo tanto, al resurgimiento del fascismo.

En estos tiempos en Brasil, la confluencia entre el psicoanálisis y la acción política fue un tema fuerte que Miller anticipó visionariamente. No psicoanálisis y lucha política partidista, sino interrogantes sobre el lugar del psicoanálisis en la política. Sin embargo, el riesgo de perderse en todo esto es inmenso. Por lo tanto, entiendo que necesitamos hoy más que nunca tener claro qué produce la subversión en el psicoanálisis y cuál sería su lugar en este contexto.

1. “Estado nativo del sujeto”

Entonces quise hacer otra pregunta y eso es lo que propuse con este título, a la vez obvio y ambicioso “¿qué cambia y qué no cambia con un análisis?” Es una pregunta que siempre me hacen, por ejemplo, en la universidad. Su telón de fondo es: ¿Para qué sirve un análisis?

La primera respuesta suele ser: mejorar la vida. Pero ya ven que no propongo “mejorar”, sino sólo “cambiar”. Cambiar de vida y no curar porque curar implica la valoración de lo mejor y lo peor de lo patológico.

La formulación del interrogante que les propongo se encuentra en la entrevista de JAM en Burdeos con motivo del lanzamiento de *Lacan Redivivus* (que me fue propuesta por Estela

♦ Este texto reúne lo esencial de dos presentaciones, la primera *¿Qué cambia (de nuestro goce) en un análisis?*, las Noches de la Escuela (EOL-Buenos Aires) y la segunda *Lo incurable del narcisismo en un análisis* (EOL-Córdoba).

Carrera. La frase clave propone un estado preclínico del sujeto, que no cambiaría con el análisis. "Preclínico" es prepatológico, pre "curable o no".

Voy añadir la intuición desde los años ochenta de Miller, que ya hablaba de un "estado nativo del sujeto" en tanto esquizofrénico, en el sentido de la forclusión generalizada, de una perturbación de base del real que hace que toda nuestra vida es como una gran defensa pero, al mismo tiempo, no podemos vivir sin ninguna.

Así la pregunta no es cómo curarse de lo que sea, sino que suele ser: ¿Cómo un análisis prescinde del binario normal y patológico? ¿Cómo hablar de una vida mejor sin eso? Y finalmente: ¿De qué manera eso está presente desde el comienzo del análisis? ¿O es una cuestión solo de su final?

2. De un goce "pré-clínico"

Cómo sabemos, todo eso se juega para Lacan en torno a la noción del síntoma.

En la clínica médica, no hay nada en el síntoma que pertenezca al sujeto. El síntoma es accidental, variable y ajeno a la naturaleza del paciente (no es de sorprender que sus postulados tengan tanto éxito, ya que combinan muy fácilmente con la idea del exorcismo de un demonio).

Una de las formas de resumir el giro freudiano sería decir que, en la clínica psicoanalítica, los síntomas forman parte de la naturaleza de quien los padece, expresa algo de la naturaleza del sujeto y es, así, un mensaje encriptado.

Bueno, cuando Miller habla de un goce preclínico, se refiere a algo de esa "naturaleza" predesciframiento. Ocurre que toda la clínica psicoanalítica se desarrolla cuando el inconsciente habla (aunque que sea en un semi-decir, de este goce). Y eso habla según modalidades discursivas más o menos organizadas: histeria, fobia, etc.

Son "cristalizaciones", según el término de Miller, de diferentes expresiones del sujeto o, como decimos, diferentes posiciones fantasmáticas. Neste sentido, a pesar de la enorme diferencia entre la clínica psicoanalítica y la clínica médica precisamente en cuanto a la naturaleza del síntoma, la clínica psicoanalítica aún utiliza categorías y con ellas una dirección que va del peor al mejor de cada estructura.

3. El *sinthome* subclínico

Que Lacan va separando un goce del síntoma de todo lo que es comunicación en el síntoma, todo lo que es mensaje cifrado inclusive, lo sabemos y eso es desde el *Seminario 10*. Es el fundamento autístico del síntoma, pero lo que dice Miller es que eso nos lleva a dejar caer la idea misma de cura.

No hay cura porque ya no hay enfermedad. Ya no hay enfermedad mental porque lo mental ya no es una representación del sujeto.

El síntoma, como representación del sufrimiento o de la desviación mental, de la salud mental, deja de ser una representación del sujeto, o de su identidad, para ser ahora el nombre de su estado preclínico, de ahí su arcaica grafía lacaniana *sinthome*.

Se puede mismo interrogar si el término síntoma en este sentido no remite demasiado a lo patológico y que tal vez por eso nos servimos de expresiones como "goce opaco" y hablamos de perturbar o desmontar las "defensas".

Pero usamos mucho una forma narrativa, un tanto épica, de un análisis como la de una ascensión progresiva desde el síntoma hasta al *sinthome*, desde el fantasma en dirección a lo real,

Eso va en contra la esencia misma de la clínica borromeana. La realidad, para nosotros, está siempre articulada, entre los tres registros de la experiencia, RSI, no hay depuración de lo real. Lo que promueve un análisis es una forma inédita de vincular (y no separar), de hacer un goce

sin forma habitar una identidad articulada a las marcas simbólicas que la distinguen de las demás. RSI y no un registro u otro en sí mismo, de forma aislada.

A partir de los significados de un relato, se decantan sus significantes fundamentales y el goce que sustentan “gira de otro modo” como dice Lacan en el

Es este “giro en otro sentido” lo que tenemos que examinar.

En otras palabras: escudriñamos nuestro narcisismo, nuestra identidad, para perturbar nuestras identificaciones, pero no las dejamos caer. En este sentido, siempre estamos, como decía Lacan, pasando el pase, una vez que el real viene cada vez, a reubicar nuestras identificaciones.

Al final la cuestión suele ser ¿qué cambia un análisis de nuestra identidad, de nuestro narcisismo una vez que el goce del *sinthome* no cambia, solo cambia de función?

4. 18 años

Mi amiga Marina Recalde me ha enviado el testimonio de Gabriela Grinbaum en el que, de manera sumamente generosa, habla de lo que curó su análisis y lo que no. No voy a resumirlo, sería un crimen. Pero sí preguntar por la relación entre goce y en yo con algunos elementos fundamentales.

Se curó de creerse la voz del Otro, de vivificarlo, de repararlo todo, pero no de hablar demasiado. El goce de hablar demasiado, de un lado y, del otro, el goce de hablar mucho para vivificar el Otro.

Se curó del desvelo que le despiertan las homosexuales es pero no de coquetear con las lesbianas. En el mismo sentido, sentimos la oposición delicada y relativa, entre desvelo y el coqueteo.

Se curó del ideal de la mujer, del desprecio por los disfraces pero para nada pudo vivir el goce del maquillaje en su rostro.

Me parece que con este corto listado aprehendemos una manera chistosa, poética, pero muy precisa y compleja de entretecer lo que cambia y lo que no cambia en un análisis.

Y no se curó de tener 18 para siempre.

Tener 18 años, como Lacan decía tener cinco, me parece una bella metáfora para ese goce preclínico que va a ponerse en composición con lo que pasa. Pero aquí, no es mas en composición con el goce del fantasma. Este estado preclínico fundamental tendrá su conexión con el imaginario pero asumirá formas atrapadas, por supuesto, en el imaginario de la historia del sujeto, pero ahora en composición con lo que proviene de los significantes contingentes del Otro. Y eso desde este abanico a la vez serio y no serio, riguroso y *fake*, de los 18 años, que para nada es el mismo, repetitivo, del fantasma.

5. Voz y cuerpo

Que Gabriela no sea más la voz del Otro me remitió al testimonio de María Cristina Giraldo.

El Otro de MC Giraldo, encarnado en su madre, estaba “hecho de hierro”. Para que MC y su hermano no se chuparan los dedos mientras dormían, por ejemplo, tenían las manos atadas. Cuando lograron liberarse por la noche, se despertaron con pimienta y ajo en los dedos. Sin embargo, no se culpe a una madre particularmente represiva o sádica. Vemos cómo es producto de su entorno cuando le exige a su hija cumplir el yo ideal racista de la *baby johnson*, haciendo de todo para borrar la mancha negra que marca a la familia, incluso casarse con un hombre blanco “europeo”.

Este Otro es el de la estructuración fantasmática de María Cristina. El acontecimiento del cuerpo marca, sin embargo, el punto en que esta fantasía se abre a otra cosa. Es un poco de

vida, de goce, corporal, pero ya no delimitado por el imaginario de la fantasía. El goce se presenta así solo como la perturbación de la vida, sin cuerpo.

¿Cómo hablar de esta perturbación sin caer en abstracciones? Al fin y al cabo, es un concreto discurso estructurado, pero tiene, todavía, una relación con el cuerpo y la identidad.

Ella elige la voz para ubicar el acontecimiento en su cuerpo.

Siempre había tenido, desde su base narcisista del fantasma, una voz firme y siempre se había sentido obligada a decir la verdad. La expresión que lo resume es *cantar las cuarenta*. El goce fantasmático de cantar las cuarenta será subvertido por otro, que ella llama *un esguince* de la voz. Es una modulación específica que tal vez sólo ella reconoce, no es un fenómeno objetivo, pero es lo que marca cuánto podemos vivir siempre aquello que no es lo que nos constituye y realiza en la vida, pero que sin embargo nos habita.

6. Lo que no cambia del goce y el cuerpo

Los fenómenos del cuerpo son fenómenos corporales del narcisismo y de la fantasía. El acontecimiento del cuerpo, en cambio, es una experiencia límite, en el límite de la experiencia. Si antes insistía solo como posibilidad de vida, ahora *ex-siste*, ya no como la sombra de la mujer que ella podría ser, sino como la realidad de lo que en ella es cuando está siendo Otro para sí misma.

No es tanto un sujeto que atraviesa el fantasma pero mucho más un fantasma es atravesado por el goce del *sinthome* (así como la lengua materna es atravesada por fragmentos de *lalangue*).

El Otro y su goce se vuelven un tanto inconsistentes, sin embargo, sin él y su juego, no habría nada de Otro goce, o de goce Uno, como quieran.

¿Cuál es el lugar del cuerpo en esta voz?

Es de lo imaginario de lo que estamos hablando, o más bien, de algún espacio entre lo real y lo imaginario. ¿Cómo él es en la realidad cotidiana? De otro modo: en que este goce es político? Difícil de decir. Hay un efecto en la *polis* uno por uno. La subversión de las marcas de la Otro, racista, por ejemplo, que recibió María Cristina de su madre.

7. El *sinthome* y la identidad

Una identidad, en el sentido de pertenencia a un grupo, por ejemplo, debería ser un punto de partida, y eso muchas veces salva una vida, pero el problema es cuando se convierte en un punto de llegada en algunos movimientos culturales.

En esto sólo ayuda la negación neoliberal de la política (necesariamente colectiva y no la suma de uno), en la que cada uno asume el derecho a su "modo de goce" y ataca cualquier intromisión como una violación a su "Libertad de expresión".

Si es peligroso considerar que afirmar nuestra particularidad sería un acto político en sí mismo, también es nocivo criticar esta afirmación de nosotros mismos, o denigrarla, sin proponer nada común. Es el mayor riesgo que, a mi juicio, corren hoy nosotros: el de tomar la Escuela como un espacio extraterritorial, externo a la ciudad identitaria, desde donde la criticaríamos (El "uno por uno" no es el "cada uno por sí" de la cultura neoliberal).

¿Desde dónde podemos criticar a quienes se apoyan en una identidad para encontrar su lugar? El goce que nos interesa no tiene lugar en la identidad pero no tiene lugar en el cuerpo tampoco. Mientras que pensando que estamos instalados, para nuestra crítica, en un no-lugar, el de la singularidad, del *sinthome*, etc., estamos, de hecho, en el lugar invisible del "hombre", un universal engañoso, con la incoloridad del poder. El peligro es que rechacemos el imaginario de las identidades y caigamos en brazos de un universalismo pretensamente neutro.

Ahí es donde nos colocan por veces, como defensores del patriarcado. Es injusto, pero si nos conformamos con la idea de que el goce singular no tiene identidad, corremos el riesgo de lanzar esta afirmación desde el lugar de lo Universal que estas identidades pretenden negar, el del Padre.

El inconsciente y sus acontecimientos no son sin color o sonido. Son ruidosos, tienen voz aunque sea esguinchada. Tienen cuerpo como el de una cicatriz; y tienen color. Lo real en análisis tiene color, ya sea el del meteoro, el de un *psíu* de luz de una luciérnaga, o el del arco iris, todos y ninguno.

Nuestra pregunta es clínica, sobre todo. Cuando el candidato a análisis, por una u otra razón, no puede renunciar, ni siquiera en parte, a su identidad, ¿cómo iniciar un análisis? Si necesita rechazar al sujeto que se supone que sabe tomándolo, por ejemplo, como el sujeto que se supone que es blanco o masculino, ¿cómo hacer espacio para el sujeto? ¿Cómo pasar de la afirmación de sí a la presentación de un fuera de sí, el sujeto?